

Y á ese fin pueden tender todos los seres, tanto los racionales como los que de razón carecen.

El testimonio de la propia conciencia demuestra que los seres inteligentes buscan y tienden sin cesar á un fin.

Los seres que carecen de razón tienden al fin á que los dirige la inteligencia creadora.

La tendencia á cierto fin, lo indican, en los animales, los miembros que componen su organismo, hechos con tanto orden y con providencia tan esquisita; las fuerzas y las potencias de que están dotados.

Negar que todo esto es hecho sin un fin, perfectamente definido, sería una demencia.

El instinto de los animales descubre su tendencia á un fin.

El amor lleno de ingenio con que educan á sus hijos; el artificio con que hacen sus obras; la industria para buscar su alimento; su solicitud para defender y conservar su especie; sus armas y los medios de que se valen para atacar al enemigo ó huir de él, claramente indican, á quien no esté perturbado, en su mente, por incorregible ceguera, que ellos persiguen un fin.

En la naturaleza inorgánica, dice el Padre

Urráburu, no se encuentran á primera vista tan manifiestos vestigios de las causas finales.

Sin embargo, en los varios fenómenos de la cristalización, en las propiedades de los elementos, en las leyes comunes de la naturaleza, en las ordenadísimas alternativas de las generaciones y de las corrupciones corpóreas, en la composición del aire atmosférico, de las aguas marinas y fluviales, de la tierra vegetal, en los admirables movimientos de los astros, en el orden, por fin, que presenta el universo, se descubren, sin duda, las nativas tendencias de todas las cosas á ciertos fines que les trazara la mano del Artífice Supremo.

No puede desconocerse que obra tan admirable, como es la creación, y dispuesta con orden tan prodigioso, esté destituida de un fin señalado por el ser que la trajera á la vida.

El fin próximo é inmediato del mundo corpóreo es el bien de la creatura racional, el bien del hombre.

Las Escrituras divinas lo proclaman, en muchas de sus páginas admirables.

“Ved que os he dado, dijo el Señor á los padres del género humano, todas las yerbas, las cuales

producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie para que os sirvan de alimento, y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos cuantos animales vivientes que se mueven sobre la tierra, á fin de que tengáis que comer.”

“Creced y multiplicaos, les decía, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra.”

Abiertamente se ve, por estas palabras, que Dios, en la creación del reino vegetal y del reino animal, se propuso como fin el bien y la utilidad del hombre.

La misma palabra omnipotente revela que, para el bien del hombre, se realizó la creación de los cuerpos celestes.

“Haya lumbreras en el firmamento del cielo, que distingan el día y la noche, dijo el Señor al crear los astros, y señalen los tiempos los días y los años.”

El mismo Dios, por labios de Moisés, al dar sus mandamientos al pueblo de Israel decía: “Ni suceda tampoco que alzando los ojos al cielo, mirando

el sol y la luna, y todos los astros del cielo, cayendo en error, adores, oh Israel, y reverencias á las criaturas que el Señor Dios tuyo crió *para el servicio de todos los seres que viven debajo de la tierra.*”

La palabra divina es, para los creyentes, verdad indiscutible.

El fin del Universo corpóreo, según esa palabra, recogida en los libros santos, es el hombre.

Pero, desgraciadamente, existen seres inteligentes que no dan fe á la palabra divina.

Si no la creen, al menos no podrán negar la enseñanza que el mismo mundo corpóreo les presenta.

Descúbrese en el mundo, y puede comprobarse por la observación, un orden intraspasable y permanente, en lo que se refiere á la generación de los seres.

La materia prima está en potencia para formar el elemento; bajo la forma de elemento, está en potencia para formar el cuerpo mixto; bajo la forma de cuerpo mixto, está en potencia para el alma vegetativa; bajo la forma de alma vegetativa, está en potencia para el alma sensitiva, y bajo la forma de alma sensitiva, está en potencia para el alma intelectual.

Tal es el proceso de la generación de las cosas, y que se ve patente en la generación humana.

En la generación humana el feto vive, primero, la vida de la planta; después, la vida del animal y al fin, la vida del hombre.

Después de esta forma no se encuentra otra.

Así es que, el último grado de toda generación es el alma humana y á ella tiende la materia como su última forma. Y este mismo orden se nota en la conservación de los seres.

Los cuerpos mixtos se sustentan por las cualidades convenientes de los elementos, las plantas se nutren de los cuerpos mixtos, los animales sacan su alimento de las plantas, y algunos más perfectos y más fuertes lo sacan de los más imperfectos y de los más débiles.

“El hombre usa de todos los seres para utilidad suya, dice Santo Tomás: de algunos para alimento, de algunos para vestido.”

Por eso el hombre nace desnudo; es capaz de formarse, de los elementos de ciertos seres, un vestido.

Por eso también la naturaleza no le prepara más que un alimento cuando nace: el néctar oculto en el pecho materno.

De todo usa el hombre.

De aquí, aquella palabra profundamente verdadera de David: todas las cosas, Señor, las pusiste bajo sus piés: *omnia subjexisti sub pedibus ejus*.

De aquí, esta otra palabra de Aristóteles: el hombre tiene dominio natural sobre todos los seres.

Si, pues, el movimiento del cielo, como lo demuestran los filósofos, está ordenado para la generación, y la generación toda está ordenada para el hombre, bien puede concluirse que el fin próximo del universo corpóreo, es y no puede ser más que el hombre.

El fin último es Dios, ó la bondad divina.

Dios, como decíamos en el precedente artículo, fuera de él, no tenía quien lo determinara á crear el mundo.

Lo ha creado únicamente por comunicar sus perfecciones, no para aumentarlas.

Todo agente tiene que producir algo semejante á él, y, de consiguiente, todo efecto tiende, por su naturaleza, á expresar la semejanza de la causa que lo hizo.

Dios hizo todas las cosas: todas ellas tienden entonces, á la semejanza divina como su último fin.

Alguien dirá que fin que no se conoce, no puede apetecerse: si, pues, en el mundo hay seres que no conocen á Dios, es evidente que no pueden tender á él como á su último fin.

La respuesta de Santo Tomás, es sencilla pero concluyente: todas las cosas tienden á Dios, como su fin, cuando apetecen cualquier bien, ó con apetito inteligente ó con apetito natural, destituido de conocimiento.

Y la razón es clara, nada hay bueno y apetecible, si no en cuanto participa de la semejanza divina.

Todos los seres participan de la semejanza divina.

Dios, al crearlos, no tuvo más móvil que su bondad: se propuso no adquirir ó aumentar esa bondad, porque siendo infinito, de nada carecía: se propuso impartirla, comunicarla, porque, amando y gozándose infinitamente en su perfección, quiso hacer partícipes de ella á otros seres.

No podía comunicarla individual ó específicamente: tenía que hacerlo por semejanza, comunicando á las criaturas ciertos bienes que tuviesen con la bondad divina, semejanza aunque fuera deficiente.

Si, pues, el bien consiste en la participación, por semejanza, de la bondad divina, claro es que todos los seres que naturalmente buscan el bien y á él tienden, buscan como fin supremo la bondad divina.

Puede, entonces, concluirse que Dios ha creado el mundo para su gloria.

Dios, al crear, quiso que existieran otros seres distintos, que imitaran las perfecciones divinas.

Las criaturas racionales, mirando en todos los seres esas divinas perfecciones, tienden á alabar y á amar á la belleza divina, de la que son semejanza, aunque imperfecta, los seres criados.

Viviendo santamente en la tierra, alabando y amando las perfecciones que admiran en los seres creados, se disponen á ver intuitivamente la hermosura divina y á amarla en el cielo, con gozo inefable y con alegría que nada perturba.

El mundo, pues, creado para el hombre, eleva al hombre al conocimiento de Dios: hace que le ame y que le glorifique.

El fin, en consecuencia, de la creación del mundo, es y no puede ser otro que la gloria de Dios.